

La broma infinita y los años que corren



Mauricio Palacios

La obra principal del autor norteamericano David Foster Wallace, la extensa y enciclopédica *La broma infinita*, fue desde un principio una obra que iba a dar de qué hablar durante años. Rodeada de un halo de misticismo también por el malogrado suicidio de su autor, ha sido calificada de posmoderna, de experimental, en general de todos esos calificativos que hacen a una obra “moderna”, “posmoderna”, “avant-garde”. Esto la ha vaciado de contenido, de ese algo humano que su autor tanto insistió que era su misión principal con la literatura:

En épocas oscuras, el arte aceptable sería aquel que localiza y efectúa una reanimación cardiopulmonar sobre aquellos elementos mágicos y humanos todavía vivos y resplandecientes a pesar de la oscuridad de los tiempos. La ficción realmente buena podría tener una cosmovisión tan oscura como quisiera, aunque encontraría el modo de representar ese mundo oscuro y de iluminar las posibilidades de estar vivo y ser humano en él.





Además, esta obra escrita en 1996 presagia de muchas maneras los años recientes, de una manera tan completa que podríamos sugerir que, en lugar de una novela cercana al género posmoderno, distópico o de ciencia ficción, estamos ante una novela realista en el mejor sentido de la palabra, pero de los años recientes. O al menos como debería ser una novela realista de los años recientes basada en aspectos de la realidad que a veces los escritores pasan por alto.

En primer lugar, los personajes de *La broma infinita* habitan su mundo alienados de sí mismos y de su entorno, perpetuamente encadenados a buscar con qué distraerse, con qué sedarse para no sentir la realidad, para no sentir nada. Desde los drogadictos en rehabilitación de la Ennet House hasta los muchachos de la academia Infield de tenis y la familia Incandenza, cada uno de ellos atribulado y atrapado dentro de sí mismo, dentro de sus propias adicciones. La soledad existencial se extiende en ellos como un cáncer que avanza lentamente, con algunos resultados letales. Hoy en día, la vida urbana global presenta estas mismas características. La música pop y otras formas de entretenimiento procuran llenar ciertos vacíos de rebeldía o de proceso de poder, cual benzodiazepinas, en busca de sedar nuestra alma en la rutina y el estancamiento de la vida moderna mecanizada y aburrida.

La adicción y la depresión, la soledad y la incapacidad de acercarse al otro son los recovecos del alma americana actual, que, no cabe duda, son el alma de los tiempos actuales. Esta alma se salió de la historia y ha devenido finalmente en el alma del planeta, el espíritu de una era global que todos esperan o intuyen ya. “We are living in Amerika”, como canta la banda alemana Rammstein. David Foster Wallace fue víctima de este signo de los tiempos. Su suicidio, su larga batalla contra la enfermedad mental (siempre causada por fenómenos del cuerpo

y del estado de descomposición social) y su enganche a las pastillas psiquiátricas lo han hecho el signo de los tiempos para muchos artistas y escritores: una suerte de héroe romántico, a medio camino entre un individuo desvinculado por los traumas de la infancia, un poeta maldito y un profeta; como Elliott Smith. La crítica al respecto puede tomar muchos aspectos: las enfermedades mentales no son tratadas como se debería en la medicina moderna; la sociedad está enferma en estado terminal de soledad (vacío, alienación, sensación de despropósito); la propia vida del autor fue consumida por el genio y la fama desde temprana edad.

Su primera novela, *La escoba del sistema*, es genial, pero hay un problema: es demasiado joven, no ha “encontrado su voz”, la fama lo enloquece. Esto lo lleva a vivir aquellas vivencias que finalmente determinan los temas y personajes que posteriormente formarán *La broma infinita*. Tanto David Foster Wallace como otro de su generación, Jonathan Franzen, tenían en común que al comienzo tenían mucha más destreza literaria que vivencias y experiencia del mundo real; esto, más que ser una opinión personal, lo han dicho ellos mismos en diversas entrevistas, alguna de estas en *The Paris Review*.

Entre el tiempo de escritura de su primera novela y lo que sería *La broma infinita*, David Foster Wallace había vivido un episodio de depresión y una adicción a la marihuana que terminaría por llevarlo a un centro de rehabilitación. En ese proceso hubo mucho drama emocional, relaciones rotas, sensación de fracaso y algún intento de suicidio. La novela iba tomando forma de su vida, era su obra, su novela. Allí estaba su mensaje y sus demonios, su paso por esta vida fugaz.

David Foster Wallace sería criticado por Bret Easton Ellis, quién lo acusa de ser un hipócrita por pretender una autenticidad moral mientras que en su propia vida era el que menos





podía hablar. ¿Pero quién puede acaso opinar de esos asuntos si no quien ha vivido sus fondos y lugares bajos? Era él, precisamente él, quien tocaba líneas sensibles con su experiencia de vida, y no solo su experiencia de vida o de los americanos, sino que había visto el panorama en el mundo, la diseminación cultural de la vida americana o algún sucedáneo a escala mundial, bien sea mediante los medios de comunicación globales o algún virus memético o metafísico; así sea para vernos hinchados de fiebre leyendo a Thomas Pynchon en un caluroso pueblo a orillas del Orinoco, picados por zancudos con zika o chikunguña.

En el mundo de la novela, Estados Unidos, Canadá y México han sido fusionados en la North American Union. Esta es más bien una idea que circula en Estados Unidos frente a lo que podría pasar. Es decir, es una teoría de conspiración. Los Gobiernos de Estados Unidos, Canadá y México se unirán en un futuro próximo o no tan próximo, bajo una entidad autoritaria, con una sola moneda y una sola administración. De ahí todos esos cuentos que involucran inmigración mexicana, a Donald Trump y las ideas libertarias de los gringos respecto al derecho a portar armas. Está en su DNA. En la novela ya es un hecho la unión entre estas entidades. La única resistencia proviene de los terroristas quebequenses. En alguna reseña leí que era una ironía, quizá en una entrevista del mismo David Foster Wallace, pero es un hecho que en los sesenta el nacionalismo de Quebec hizo fuerte eco, e incluso Charles de Gaulle llegó a hacer una visita. ¿Las posibilidades o teorías al respecto en la novela tienen alguna implicación real? De alguna manera, sí, y los asuntos fronterizos de esta región ya han sido visitados en la literatura, en especial por otro grande de la literatura americana, Cormac McCarthy, y su novela *No es país para viejos*.

Los oscuros terroristas anti-ONAN de Quebec se mueven en un mundo lleno de extrañas experiencias comercia-

les, personajes *borderline*, economías *underground*, en contraste con la abulia del mundo virtual y seguro en que se mueven personajes como la familia Incandenza. Aquí aplica aquello que el escritor anarquista Hakim Bey refiere en su ensayo *NoGoZone* respecto a cómo se configurarían el “norte” y el “sur”:



Entonces parte del norte desaparece en el ciberespacio, dejando la otra parte desierta y privada, zonas de no-ir, grietas en el monolito. ¿Qué puede ser más natural que esto? ¿El sur se compenetrará con el norte como el hongo micelio en un pedazo de pan? Los agujeros y fisuras en el norte serán más sureños, más africanos, más latinos, más asiáticos, más islámicos (Philip K. Dick, un auténtico visionario gnóstico, se mostrará particularmente profético en este aspecto).

Es decir, el “norte”, aquellos civilizados y con cierto nivel de clase social, se perderán en el ciberespacio. Hal Incandenza se perderá en el ciberespacio, o en aquella versión que aparece en la novela, atterradoramente similar a Netflix, que presenta la forma individualizada de ver televisión, o que habla de cómo ya nadie va a clases de yoga, sino que las ven a distancia. Mientras que el “sur”, donde habitan algunos habitantes de la Ennet House, los terroristas de Quebec y algunos personajes de tramas secundarias como los brasileños, irá poco a poco insertándose en el norte como un agente fúngico, al tiempo que desarrollan formas paralelas de vida y producción. El “norte” se hará pura información, mientras que el “sur”, pura materia (sacado del mismo ensayo de Hakim Bey). Cual realidad gnóstica.

En su novela, David Foster Wallace hace omnipresente la presencia de la televisión. La televisión como fuente de información, la televisión como fuente de placer y fuente de adormecimiento, *panem et circenses*. Quizás se haya hecho eco del ensayista Neil Postman, que en su libro *Amusing ourselves to death. The public discourse in the age of show business* (*Entreteniéndonos hasta morir*.





El discurso público en la era del espectáculo) presagiaba la importancia de la nueva era del televisor frente a la era escrita como un determinante a la hora de establecer una percepción del mundo. Con una idea básica: con la llegada de la televisión nos habíamos empobrecido, no lo contrario. ¿No es acaso cierto, y con la llegada de las nuevas tecnologías más aún? ¿Acaso no hay más soledad ahora en estas calles abarrotadas de gente que tiene la vista fija en el teléfono y con audífonos puestos, además de lentes de sol y miedo del contacto humano?